



“Replanteamiento y persistencia de la cuestión tolteca”

p. 77-104

*Tula y los toltecas en la historiografía mexicana del siglo XVIII al XXI*

Miguel Pastrana Flores

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

166 p.

(Teoría e Historia de la Historiografía 16)

ISBN 978-607-30-7662-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/797/tula-toltecas.html>

D. R. © 2023. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## REPLANTEAMIENTO Y PERSISTENCIA DE LA CUESTIÓN TOLTECA

*¿Qué queda de la ciudad que antaño se elevaba aquí? No hablemos de los hombres, son las más efímeras de las criaturas, pero ¿qué queda de su civilización? ¿Qué reino ha subsistido, qué ciencia, qué ley, qué verdad?*

Amin Maalouf, *Samarcanda*

### *Preámbulo*

Para comprender mejor el periodo que va de fines de los años 30 hasta los años 70 del siglo XX es necesario tener en cuenta el contexto de creación de instituciones culturales vinculadas a la investigación del pasado mexicano. Estos años son los inicios de la profesionalización de la historia y la antropología, así como de la enseñanza formal y sistemática de estas disciplinas. El primer antecedente de esto son los cursos impartidos en la llamada Escuela Internacional de Arqueología en el Museo Nacional, donde enseñaron, entre otros, Eduard Seler, Franz Boas y Hermann Beyer. En este tiempo la Escuela de Altos Estudios se transforma en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), además en 1939 se crea el Instituto Nacional de Antropología e Historia, al cual se incorpora en 1942 el Departamento de Antropología, que entonces pertenecía al Instituto Politécnico Nacional, dando origen a la Escuela Nacional de Antropología. Asimismo, surgen otros centros de investigación humanística y antropológica como el Instituto de Historia de la UNAM en 1945, mientras la Casa de España en México, que con el tiempo se convertirá en El Colegio de México, comienza la formación de historiadores; por otra parte, la Sociedad Mexicana de Estudios Históricos se convierte, en 1937, en la Sociedad Mexicana de Antropología, lo que fue

un notable impulso al desarrollo de esta disciplina, todas estas instituciones permitieron renovar los estudios del pasado mexicano, y en algunas de ellas se formaron y luego impartieron clases varios de los autores que serán estudiados más adelante en esta obra.<sup>1</sup>

En el contexto cultural conviene recordar que en 1941 aparece el famoso prólogo de Edmundo O’Gorman a la *Historia natural y moral de las Indias* de José de Acosta con lo que inicia en México tanto el análisis historiográfico como el estudio de la historia de la historiografía, tarea en la contribuyeron mucho los aportes de los sabios hispanos Ramón Iglesia y José Gaos, estudiosos ubicados en el llamado historicismo vitalista, corriente académica de la que este estudio es deudor.<sup>2</sup> En 1940 la Alemania nazi vence a Francia y el historiador francés Marc Bloch emprende la escritura de su afamada *Apología por la historia o el oficio de historiador*. En 1943 el etnólogo alemán Paul Kirchhoff propone el concepto de Mesoamérica, el cual, al paso de los años, se ha convertido en una herramienta conceptual básica para el estudio de la historia y la cultura del México antiguo. También se dará un impulso notable al estudio y edición de fuentes nahuas escritas en caracteres latinos como la publicación en 1945 de los *Anales de Cuauhtitlan* y la *Crónica mexicáyotl* de Hernando Alvarado Tezozómoc por el Instituto de Historia de la UNAM.<sup>3</sup>

En el terreno de los museos conviene recordar cómo, al abrirse en 1944 el Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec,

<sup>1</sup> Véase Wigberto Jiménez Moreno, “50 años de historia mexicana”, y Álvaro Matute, “La historiografía mexicana contemporánea”, ambos en *La historiografía del siglo XX en México. Recuentos, perspectivas teóricas y reflexiones*, introducción y compilación de Evelia Trejo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2010, p. 29-34 y p. 123-135 respectivamente.

<sup>2</sup> Véase Edmundo O’Gorman, *Cuatro historiadores de Indias*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974; Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros en ensayos*, introducción de Álvaro Matute, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 23-63; José Gaos, “Notas sobre la historiografía”, en José Gaos, *De antropología e historiografía*, México, Universidad Veracruzana, 1967, p. 283-318.

<sup>3</sup> Véase Miguel León-Portilla, “La historia prehispánica en nuestro Instituto”, *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, n. 63, enero-abril 2002, p. 3-63, y Edmundo O’Gorman, “Cinco años de historia en México”, en *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, n. 65, septiembre-diciembre 2002, p. 15-28.

se separaron las colecciones coloniales y del periodo independiente del viejo Museo Nacional, dejando las colecciones arqueológicas y etnográficas, lo que dará paso a la constitución del Museo Nacional de Antropología, ubicado primero en la Calle de Moneda y después, en 1964, en Chapultepec con motivo de la apertura de las nuevas instalaciones. Así, poco a poco se forjaron los marcos institucionales, educativos, profesionales y conceptuales indispensables para el estudio formal y sistemático del México antiguo. En este tiempo se transita —poco a poco— del mundo de los eruditos autodidactas al de los profesionales y estudiosos especializados; del ámbito de los autores de grandes sumas de conocimientos dirigidos a un público amplio al de los autores de artículos y capítulos de libros para especialistas.

Desde la perspectiva de análisis adoptada en este trabajo la primera Mesa Redonda de Antropología celebrada 1941 marca el inicio de un nuevo periodo en el debate sobre Tula y los toltecas, pues en ella se trató de determinar “a que población, entre varias llamadas ‘Tula’, se refieren los datos de las fuentes y hasta qué punto coinciden los datos arqueológicos, etnográficos y lingüísticos en corroborar o no esos datos de los documentos históricos”.<sup>4</sup> La reunión surgió de la inquietud expresada por un grupo de enjundiosos investigadores del pasado indígena que ponían en entredicho la identificación de la Tula de las crónicas coloniales con Teotihuacan y proponían que en realidad se trataba de Tula Xicotitlan en Hidalgo.<sup>5</sup>

Los connotados investigadores asistentes a esta reunión interdisciplinaria partían de la premisa de la plena historicidad de los toltecas, para ellos el problema era determinar a qué sitio arqueológico correspondía la Tula de las fuentes; en ese momento había dos posibilidades, la monumental Teotihuacan, como se había venido sostenido

<sup>4</sup> Wigberto Jiménez Moreno, “Conclusiones del profesor Wigberto Jiménez Moreno”, en *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, edición de Roberto Gallegos Ruiz, José Roberto Gallegos Téllez Rojo y Miguel Pastrana Flores, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997, p. 507.

<sup>5</sup> Véase Alberto Ruz Lhuillier, *Guía arqueológica de Tula*, introducción de Wigberto Jiménez Moreno, México, Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México, 1945, y Jorge R. Acosta, “La ciudad de Quetzalcóatl”, *Cuadernos Americanos*, v. II, n. 2, marzo-abril 1942, p. 121-131.

por muchos años en México, o la relativamente modesta Tula Xicotitlan como proponía Wigberto Jiménez Moreno, secundado por Alfonso Caso y Jorge R. Acosta. Los términos del debate fueron muy intensos e interesantes y se cuenta que las diferencias llegaron a puntos muy álgidos. Se dice que fue a través de una votación a mano alzada como se llegó a aprobar la tesis de Jiménez Moreno.<sup>6</sup>

Es a partir de esta reunión que en el largo debate sobre la cuestión tolteca apareció con toda su fuerza e importancia una nueva invitada, la arqueología. Desde este momento, toda propuesta sobre el devenir de la ciudad de Quetzalcóatl tuvo que plantearse la necesidad de correlacionar la información de las fuentes documentales con los datos proporcionados por la arqueología.

#### *Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985)*

Wigberto Jiménez Moreno<sup>7</sup> fue un historiador muy importante en la renovación de los estudios del México prehispánico, realizó sus estudios en la UNAM, en la Universidad de Harvard y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Jiménez Moreno buscó la unión de las perspectivas de las disciplinas de la historia y la antropología en el estudio del México antiguo, lo que le llevó a proponer una nueva disciplina con el nombre de etnohistoria la cual fue,

<sup>6</sup> Véanse las “Conclusiones adoptadas por la reunión de la Primera Mesa Redonda de Antropología”, en *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, edición, compilación, traducción y notas de Roberto Gallegos Ruiz, José Roberto Gallegos Téllez Rojo y Miguel Pastrana Flores, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997, p. 513-514, y Laurette Séjourné, *Pensamiento y Religión en el México Antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, 1984, p. 94.

<sup>7</sup> Sobre el autor véase Ernesto de la Torre Villar, “Wigberto Jiménez Moreno, 1909-1985 y su bibliografía antropológica e histórica”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, v. xxxv, n. 2, 1985, p. 309-333; Carlos Martínez Marín, “Wigberto Jiménez Moreno, una semblanza académica”, en *Historiadores de México en el siglo xx*, compilación de Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, México, Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, p. 211-234, así como Islas Jiménez, Celia y Víctor Alfonso Benítez Corona, “Introducción”, “Estudio preliminar”, en *Wigberto Jiménez Moreno, 1909-1985. Obras escogidas de la historia antigua de México*, edición de Cecilia Islas Jiménez y Víctor Alfonso Benítez Corona, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2017, p. 13-37, 39-46.

desde 1953, un área de especialización y en 1973, se convirtió en licenciatura en el seno de la ENAH. Si bien Jiménez Moreno tiene un prestigio ganado y sus ideas gozaron de gran aceptación en el medio académico, su obra publicada sobre la cuestión tolteca es más bien escasa. Para este esfuerzo se han consultado varios trabajos que resumen su pensamiento sobre los toltecas. Primero, su artículo “Tula y los toltecas según las fuentes históricas”, aparecido en 1941, el cual es una reelaboración de sus conclusiones presentadas en la ya mencionada mesa redonda, así como la “Introducción” que escribió para la *Guía arqueológica de Tula* de Alberto Ruz Lhuillier en 1945; también son importantes sus notas de clase del curso *Historia antigua de México* en 1953, su trabajo “Tula, ciudad de Quetzalcóatl” en 1954, así como su “Síntesis de la historia precolonial del Valle de México”, en 1955. Por otra parte, debe destacarse la importancia del planteamiento cronológico propuesto por Jiménez Moreno para Tula Xicocotitlan, pues gozó de gran aceptación y ha sido la base de la cronología arqueológica. Puede decirse que, en lo general, su propuesta sigue vigente.<sup>8</sup>

Este autor coincide con todos los demás al señalar el estrecho vínculo entre historia, mito y leyenda en las fuentes indígenas, pero manifiesta que todos los relatos, incluso los más fantásticos y de contenido cosmológico tienen un trasfondo histórico, tal es el caso de la llamada Leyenda de los Soles y del relato del surgimiento del Quinto Sol, pues piensa que “tienen el sentido de ser una nueva era histórica, la era histórica de los nahuas”.<sup>9</sup> Y más adelante afirma que en todas las leyendas “hay un núcleo histórico”.<sup>10</sup> Por esto el

<sup>8</sup> Cfr. Wigberto Jiménez Moreno, “Tula y los toltecas según las fuentes históricas”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, v. V, n. 2-3, 1941, p. 79-83; Robert H. Cobean, “La alfarería tolteca”, en *La producción alfarera en el México antiguo*, coordinación de Beatriz Leonor Merino Carrión y Ángel García Cook, 5 v., México, Instituto Nacional de Antropología, 2005-2007, ils, v. IV, p. 57-75, y Osvaldo José Sterpone, “La quimera de Tula”, *Revista de Antropología Americana*, n. 37, 2005, p. 141-204.

<sup>9</sup> Wigberto Jiménez Moreno, *Historia antigua de México*, México, Sociedad de Alumnos de la ENAH, 1953, p. 15. Agradezco a la maestra Rosa Camelo Arredondo el haberme facilitado la consulta de esta obra. La parte referente a los toltecas ha sido editada como “Historia tolteca”, en *Históricas*, edición de Miguel Pastrana Flores, n. 74, septiembre-diciembre 2005, p. 2-25.

<sup>10</sup> Jiménez Moreno, *Historia antigua...*, p. 26.



problema no es propiamente si el contenido de los relatos remite o no a hechos realmente acontecidos, sino la gran distancia cultural que separa a los investigadores modernos del mundo mesoamericano, pues afirma que: “Hay que tener en cuenta que para poder entender el México antiguo hay que penetrar en la mente del indígena y desligarse de la manera occidental de pensar”.<sup>11</sup> Así, el nudo del problema no reside tanto en la información que proporcionan las fuentes, sino los modelos culturales de los estudiosos; y aunque el propio autor no aplica de forma sistemática este principio no deja de ser notable que lo destaque.

Por otra parte, reconoce el grave problema que entrañan las fuertes contradicciones entre las fuentes disponibles, pues en muchos aspectos parecen ser incompatibles entre sí, por eso advierte que “el historiador no debe jamás quedar conforme con desechar aquellas que no coincidan con las que considera más dignas de confianza, sino que debe trabajar hasta que explique [...] el porqué de esas discrepancias”.<sup>12</sup> Así lo hace él mismo a propósito de ciertas diferencias entre la obra de fray Juan de Torquemada y otras fuentes, y propone como posible solución que el franciscano recogió informaciones de una rama diferente del pueblo tolteca.

Ante todo, para Jiménez Moreno, Tula y sus habitantes tienen una existencia histórica real y es en ese sentido que intenta una reconstrucción relativamente pormenorizada de su devenir. De esta forma señala que los toltecas son los primeros personajes que se presentan en las tradiciones indígenas con plenas características de seres humanos y no como dioses, y que además cuentan con registros históricos. Por estas razones considera que la historia prehispánica propiamente dicha comienza con los toltecas. No niega que lo anterior sea historia, sólo que no es historia escrita: “Claro está que hay historia desde mucho antes, pero la historia documental sólo principia en el Valle de México hasta ese momento”.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 29.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 34.

<sup>13</sup> Wigberto Jiménez Moreno, “Síntesis de la historia precolonial del Valle de México”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 1954-55, v. XIV (parte 1), p. 219.

La aportación fundamental de Jiménez Moreno al problema de los toltecas consistió en demostrar que las fuentes indígenas del Altiplano Central al hablar de Tollan se refieren a la ciudad mesoamericana del estado de Hidalgo, a Tula Xicocotitlan.<sup>14</sup> Sustenta su tesis principalmente en la lectura de la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún y en los *Anales de Cuauhtitlan*. Además, utilizó documentación colonial del Archivo General de la Nación a partir de la cual identificó en el terreno sitios toltecas mencionados en las crónicas.<sup>15</sup> Las conclusiones a las que llegó Jiménez Moreno en 1941 en la Primera Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología eran exactamente las mismas que las de Krickeberg en 1918, y por eso citaba el mismo texto que se transcribió al final del apartado dedicado a ese autor. Debe acotarse que el autor no desestima el papel de Teotihuacan como antecedente y modelo cultural de Tula Xicocotitlan.<sup>16</sup>

Posteriormente distinguió tres etapas en la historia tolteca. En la primera, diversos grupos de habla náhuatl se establecieron en el Cerro de la Estrella y en la zona de Culhuacan. En la segunda, aparece Topiltzin Quetzalcóatl, el cual cambia la sede del Cerro de la Estrella a Tula, e inaugura una época de florecimiento material y espiritual en la que se difunde el culto al dios Serpiente Emplumada, el cual fue rechazado por los adoradores del dios Tezcatlipoca, con ello comenzó un conflicto social y político que desembocó en la salida de Topiltzin. Con este acontecimiento se inicia la tercera etapa de la historia tolteca, ciertamente la más larga, pero también la menos brillante, en la que Tula es gobernada por Huémac, quien vuelve a tener problemas sociales y políticos, abandona la ciudad y se refugia en Chapultepec, donde finalmente se suicida. Ulteriormente Tula es abandonada de manera definitiva y los toltecas emigran hacia otros lugares como Cholula.<sup>17</sup>

<sup>14</sup> Wigberto Jiménez Moreno, "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, v. V, n. 2-3, 1941, p. 79-83.

<sup>15</sup> Wigberto Jiménez Moreno, "Introducción", en Alberto Ruiz Lhuillier, *Guía arqueológica de Tula*, México, Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México, 1945, p. 7-18.

<sup>16</sup> Véase su artículo "Los portadores de la cultura teotihuacana", en *Historia mexicana*, julio-septiembre 1974, v. 24, n. 1, p. 1-12

<sup>17</sup> Jiménez Moreno, "Síntesis...", p. 224-225.



En lo que toca a la relación que guardan los mexicas con lo tolteca Jiménez Moreno apunta su convicción de que estos intervinieron, de alguna forma, en la caída de Tula, “sólo que en sus anales nunca lo dicen, del mismo modo que un facineroso no revela sus antecedentes, pues todo su intento fue, posteriormente, injertarse en el árbol cultural tolteca”; los mexicas logran tener ese vínculo con los toltecas a través de su primer *tlahtoani* Acamapichtli, quien era descendiente de los gobernantes de Culhuacan, linaje que se suponía de origen tolteca; a través de ese lazo los mexicas “vinieron a considerarse como los herederos o sucesores del Imperio de Tula”.<sup>18</sup> Con lo cual continuaría con esa línea interpretativa ya manejada por Chavero y otros autores.

*Jorge R. Acosta (ca. 1904-1975)*

Arriba se mencionó la importancia que la investigación arqueológica cobró en el debate sobre los toltecas desde el comienzo de los años cuarenta. En este contexto el arqueólogo que más trabajó en Tula Xicocotitlan fue Jorge R. Acosta,<sup>19</sup> uno de los primeros graduados de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Sin embargo, a pesar de la notable duración, extensión y calidad de las exploraciones por él emprendidas, sus esfuerzos de síntesis fueron francamente escasos, así, sólo se han localizado dos artículos en los que intenta dar un panorama general de la cuestión tolteca, el primero, “Interpretación de algunos de los datos obtenidos en Tula

<sup>18</sup> Jiménez Moreno, *Historia antigua...*, p. 36.

<sup>19</sup> Sobre Acosta y sus trabajos en Tula véase Eduardo Matos Moctezuma, “Jorge R. Acosta”, en *La Antropología en México. Panorama Histórico*, coordinación de Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas, 9, 10, 11), v. IX, p. 45-52; Guadalupe Mastache y Robert Cobean, “La excavación monumental en Tula”, en *La Antropología en México. Panorama Histórico*, coordinación de Ma. de la Luz del Valle Berrocal, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, 644 p., ils. (*Desarrollo técnico*, 6), p. 147-187; y Osvaldo José Sterpone, *Tollan a 65 años de Jorge Acosta*, México, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2007. La fecha de nacimiento de Acosta es incierta.

relativos a la época tolteca”, que data de 1954, y el segundo, “Los toltecas”, de 1976.

Como buen arqueólogo, Acosta pondera que en la discusión sobre el pasado tolteca todas las propuestas deben coordinar el estudio de las fuentes documentales con los materiales aportados por la arqueología, “cualquier intento de interpretación que se haga, debe ajustarse siempre a los datos arqueológicos”.<sup>20</sup> Sin embargo, reconoce que es más fácil decir esto que llevarlo a cabo, pues es común encontrar muchas diferencias entre el discurso de las fuentes escritas y los vestigios materiales que revela la arqueología. Como ejemplo puede mencionarse que los textos hablan de una pugna entre Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, pero Acosta sólo descubrió en Tula representaciones de Quetzalcóatl en su advocación de Tlahuizcalpantecuhtli, sin encontrar rastro alguno de Tezcatlipoca. Acosta ofrece varias tentativas de explicación alternativa, pero ninguna es suficientemente sólida ni convincente, dice que: “el problema es complejo y aunque se han presentado varias soluciones, la incógnita persiste. Ninguna de ellas explica satisfactoriamente por qué existe una incompatibilidad entre los datos arqueológicos y este hecho relatado por las crónicas. El problema queda abierto para futuras discusiones”.<sup>21</sup>

A pesar de este y otros problemas de correlación entre la historia y la arqueología, Acosta considera que la exploración arqueológica puede apuntarse un logro de primer orden en el debate tolteca al demostrar objetivamente la existencia de la ciudad de Quetzalcóatl, pues “con los trabajos en Tula, la cultura tolteca ha sido reivindicada de sus calumniadores quienes han llegado a tal extremo, de negar su existencia. Ahora sabemos que efectivamente existió”.<sup>22</sup> Tanto así, que acepta sin mayores cambios la reconstrucción que hizo Jiménez Moreno de la historia tolteca y agrega que Topiltzin

<sup>20</sup> Jorge R. Acosta, “Interpretación de algunos datos obtenidos en Tula relativos a la época tolteca”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* (Antes *Revista Mexicana de Estudios Históricos*), 1956-1957, v. XIV (Segunda parte), p. 104.

<sup>21</sup> Acosta, “Interpretación de algunos datos...”, p. 108. Conviene señalar que en 1989 fue encontrado en Tula Xicocotitlan un fragmento de pilastra con las figuras de Tezcatlipoca y Tláloc en relieve.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 110. Los “calumniadores” son Brinton y Selser.

Quetzalcóatl fue un hombre excepcional que gobernó a los toltecas con tan buen éxito que la ciudad y sus habitantes fueron considerados modelo de grandeza y suma destreza en el arte.<sup>23</sup> Incluso propuso que el personaje está representado en un relieve de una de las pilastras del templo de Tlahuizcalpantecuhtli o Pirámide B, donde se ve la figura de un guerrero y arriba de su cabeza está el nombre jeroglífico de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada.<sup>24</sup>

Acosta señaló un nuevo elemento desde el punto de vista de la antropología en la relación entre los toltecas y los mexicas, el de la continuidad cultural vista desde los materiales arqueológicos. Al respecto refiere una serie de rasgos culturales comunes entre Tula y Tenochtitlan que revelan un nexo de filiación cultural, como es la presencia de modelos escultóricos semejantes, representados por los llamados atlantes, las figuras humanas recostadas conocidas como *chac mool*, las banquetas policromadas con procesiones de guerreros; también hay una iconografía similar de los dioses, por la cual es posible establecer que las deidades de los toltecas se encuentran entre los mexicas; así como otros aspectos más. El proceso inició con la caída de Tula y la salida de grupos que se asentaron en nuevas poblaciones, ahí combinaron su cultura y generaron la de los mexicas, “que no es más que la continuación de Tula a través de Tenochtitlan”.<sup>25</sup> Así, toltecas y mexicas son exponentes de la misma tradición de cultura material.

<sup>23</sup> Jorge R. Acosta, “Los toltecas”, en *Los señoríos y estados militaristas*, coordinación de Román Piña Chan, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1976, 368 p., ils. (México, Panorama Histórico y Cultural, IX), p. 138.

<sup>24</sup> Jorge R. Acosta, “La zona arqueológica”, en *Tula. Guía oficial*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1967, p. 48-50. Hoy en día es claro que está escrito el nombre del personaje en el sistema de escritura jeroglífica náhuatl el cual es, efectivamente, Quetzalcóatl. Dicho relieve se describe y reproduce en Beatriz de la Fuente, Silvia Trejo y Nelly Gutiérrez Solana, *Escultura en piedra de Tula. Catálogo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1988, 238 p., ils. (Cuadernos de Historia del Arte, 50), p. 93-94, ilustración 69, y en Elizabeth Jiménez García, *Iconografía de Tula. El caso de la escultura*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998, 518 p., ils. (Científica, 364), p. 111-113. Sobre el sistema nahua de escritura véase María Elena Vega Villalobos, “El funcionamiento de la escritura jeroglífica náhuatl, la propuesta de Alfonso La Cadena”, *Saberes. Revista de historia de las ciencias y las humanidades*, v. 2, n. 6, México, julio-diciembre 2019, p. 7-31, <http://www.saberesrevista.org/ojs/index.php/saberes/issue/view/6>

<sup>25</sup> Acosta, “Interpretación de algunos datos...”, p. 109.

*Hugo Moedano Köer (19??-1955)*

Entre los ayudantes con los que contó Acosta en las primeras temporadas de exploración en Tula se encontraba Hugo Moedano Köer,<sup>26</sup> joven estudiante de arqueología de la ENAH quien también fue alumno de Jiménez Moreno. Posteriormente Moedano trabajó en el centro histórico de la ciudad de México. Lamentablemente la obra escrita de Moedano es escasa. Para este trabajo son de interés su tesis profesional “Tollan. Algunos de los problemas históricos y arqueológicos de Tula, y su probable solución” de 1946, el artículo “El friso de los caciques” de 1947, así como varias notas en periódicos.<sup>27</sup>

En su tesis, Moedano hace un excelente resumen de las ideas de Jiménez Moreno sobre los toltecas y de los descubrimientos arqueológicos hasta entonces realizados, trata de correlacionarlos al considerar que “no solo por medios históricos, sino valiéndose de la arqueología, se puede probar la gran influencia que sobre los mexicas de Tenochtitlan ejerció el complejo cultural tolteca”.<sup>28</sup> En ese sentido, Moedano acepta la idea de la historicidad del pueblo tolteca y su gobernante Quetzalcóatl. El interés que tiene la tesis de Moedano estriba, entre otros, en los siguientes elementos, muestra un esquema de cómo se encontraban los grandes segmentos de las cariátides de Tula al momento de su descubrimiento. Tiene un

<sup>26</sup> Véase Felipe Montemayor García, “Hugo Moedano Köer”, *La Antropología en México. Panorama Histórico*, Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas, 9, 10, 11), v. II, p. 600-604. Desconozco la fecha de nacimiento de Moedano.

<sup>27</sup> Hugo Moedano, “Las cariátides de Tula y los hallazgos de Guatemala 12”, *El Nacional*, 24 de agosto de 1944, v. XXI, n. 5531, p. 3, 10; “¿La cultura azteca es realmente azteca? Significación de los últimos hallazgos arqueológicos en la ciudad de México”, *Hoy*, 4 de noviembre de 1944, p. 54-57; “El friso de los caciques”, *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 1947, t. II, p. 113-136; “El nexo cultural entre los aztecas y los toltecas”, *El Nacional*, 4 de noviembre de 1944, v. XXI, n. 5603, p. 2, 5; “Un sensacional descubrimiento, la influencia de los toltecas en Tenochtitlan”, *El Universal*, 13 de agosto de 1944; “Tula y sus problemas”, *El Nacional*, 10 de septiembre de 1944, v. XXI, n. 5549, p. 3, 5. Agradezco a Pavel Luna por su apoyo para la localización de estos artículos.

<sup>28</sup> Hugo Moedano Köer, “Tollan. Algunos de los problemas históricos y arqueológicos de Tula, y su probable solución”, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1945-1946. Agradezco a Clementina Battcock el facilitarme este trabajo. Véase también de Moedano “Las cariátides de Tula y los hallazgos de Guatemala 12”, *El Nacional*, 24 de agosto de 1944, v. XXI, n. 5531, p. 3, 10.

mapa moderno con la ubicación de los sitios mencionados por la tradición indígena identificados en el terreno por Jiménez Moreno. Como ya se mencionó, Moedano también participó en las exploraciones del centro de la ciudad de México, en particular en los trabajos arqueológicos en el predio de Guatemala número doce que sacaron a la luz una serie de notables esculturas con claras semejanzas con las halladas en Tula, específicamente esculturas de guerreros que son versiones a escala de los famosos “atlantes” de Tula Hidalgo. En consecuencia, Moedano estaba convencido de la profunda relación entre la cultura mexicana y la tolteca; así, se vale de un paralelismo con el mundo clásico mediterráneo, pues

el mismo fenómeno sociológico que se operó en los latinos al conquistar a los helenos se operó con los mexicanos al conquistar a los toltecas: lograron su completa sujeción, y destruyeron su ciudad hasta hacerlos emigrar, pero a la larga fueron ellos los conquistados, ya que de una manera u otra el gran acervo del complejo cultural tolteca absorbió casi por completo todos los aspectos de la vida del pueblo conquistador. Así como en Roma los césares se jactaron de descender de dioses del Olimpo así también los gobernantes mexicanos se jactarán de descender de dioses del panteón tolteca.<sup>29</sup>

De esta forma, y desde el punto de vista de la cultura material y de la iconografía, Moedano considera que Tula Xicocotitlan y Tenochtitlan son partícipes de las mismas formas culturales y son parte de la misma civilización.

A pesar de los logros de la exploración arqueológica en Tula, así como de la aprobación mayoritaria que recibieron las ideas de Jiménez Moreno, no todos los participantes en la Primera Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología estuvieron de acuerdo con las conclusiones a las que se llegaron. Varios autores continuaron sosteniendo que la Tula de las fuentes, la gran ciudad

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 160. Véase del mismo Moedano “¿La cultura azteca es realmente azteca? Significación de los últimos hallazgos arqueológicos en la ciudad de México”, *Hoy*, 4 de noviembre de 1944, p. 54-57; “El nexo cultural entre los aztecas y los toltecas”, *El Nacional*, 4 de noviembre de 1944, v. XXI, n. 5603, p. 2, 5; “Un sensacional descubrimiento, la influencia de los toltecas en Tenochtitlan”, *El Universal*, 13 de agosto de 1944.

de Quetzalcóatl era Teotihuacan, entre quienes pensaban esto destacan dos arqueólogos, el mexicano Enrique Juan Palacios y la italiana Laurette Séjourné.<sup>30</sup>

*Enrique Juan Palacios (1881-1953)*

Formado dentro de una perspectiva intelectual muy tradicional, previa a la profesionalización que representaban los jóvenes recién egresados de la Escuela Nacional de Antropología e Historia como Acosta, Enrique Juan Palacios<sup>31</sup> era un exponente de las viejas ideas y las técnicas usadas por los grandes eruditos del Museo Nacional; también fue profesor en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Fue uno de los principales defensores de la identificación en los textos de Tula con Teotihuacan en la mesa redonda de Antropología. Para conocer sus ideas se utiliza un texto titulado “Teotihuacan, los toltecas y Tula” de 1941, que es la versión escrita de su participación en la Primera Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología.

Antes de examinar someramente su trabajo conviene señalar que ya antes Palacios se había manifestado convencido de identificar a los constructores de Teotihuacan con los toltecas de las crónicas. En dos estudios escritos en colaboración con Miguel Othón de Mendizabal se daba cuenta de los hallazgos, entonces muy recientes, del equipo dirigido por Manuel Gamio en el conjunto arquitectónico llamado “La ciudadela”, por los cuales se puso al descubierto

<sup>30</sup> Esta es una idea recurrente en otros estudios posteriores, como los de Enrique Florescano, *El mito de Quetzalcóatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, “La saga de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl”, *Relaciones*, verano 2003, v. XXIV, n. 95, p. 201-234, y Shanon Dugan Iverson, “Los eternos toltecas, historia y verdad durante la transición del periodo azteca al colonial en Tula, Hidalgo”, *Arqueología Iberoamericana*, 2018, año X, v. 37, suplemento 3, p. 3-27.

<sup>31</sup> Véase la tesis de Haydeé López Hernández, “Historia y olvido. Enrique Juan Palacios Mendoza, 1881-1953, y los estudios históricos arqueológicos en México, México”, tesis de maestría en Historia de la Ciencia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2006. Es de lamentar que la autora dedique poco espacio justamente a la participación de Palacios en la mesa redonda de 1941. Por lo demás, el trabajo de López es excelente.

el edificio conocido como “Templo de Quetzalcóatl”, por su decoración de serpientes emplumadas, esto convenció a Mendizábal y a Palacios de la autoría tolteca del edificio.<sup>32</sup>

Regresando a los resultados de la mesa redonda de Antropología lo primero que llama la atención del artículo “Teotihuacan, los toltecas y Tula”, es que no se haga ninguna reflexión, comentario o apunte sobre el carácter de las fuentes indígenas escritas en caracteres latinos y los problemas para su interpretación, lo cual supone que para el autor eran por completo confiables, conceptualmente claras y por ello no requerían de ningún trabajo crítico especial para su aprovechamiento. De hecho, considera que las descripciones de Tula como un lugar extraordinario son correctas y lo que deben hacer los investigadores es buscar un sitio arqueológico que se corresponda con ellas, naturalmente sólo Teotihuacan parece tener las condiciones necesarias para eso; es más, la presencia de representaciones de serpientes emplumadas en el llamado Templo de Quetzalcóatl en Teotihuacan lo convence plenamente de la identidad de los lugares, “el carácter ostensible de Teotihuacan como centro de muchas tradiciones que se concentran en torno del legendario nombre de Tula o Tollan, paréceme manifiesto e indisputable”.<sup>33</sup> Este templo prueba, además, que el culto al dios Serpiente Emplumada fue el acicate espiritual para la construcción de esa gran ciudad.

Palacios considera que es posible que en Tula Xicocotitlan existieran ciertos personajes que se ostentaran como toltecas y que incluso usaran el nombre de Quetzalcóatl: “pero debe distinguirse entre un Quetzalcóatl humano y la gran divinidad creadora, capaz de inspirar la erección del grandioso Templo de Teotihuacán”.<sup>34</sup> Es por esto que, en el mejor de los casos y desde su punto de vista, la Tula de Hidalgo es sólo un remedo, una simple copia tardía y

<sup>32</sup> Miguel Othón de Mendizábal y Enrique Juan Palacios, “El templo en Teotihuacán”, y “Quetzalcóatl y la irradiación de su cultura en el antiguo territorio mexicano”, en *Obras completas*, Miguel Othón de Mendizábal, 6 v., México, Cooperativa de Trabajadores de los Talleres Gráficos de la Nación, 1946, v. II, p. 343-353.

<sup>33</sup> Enrique Juan Palacios, “Teotihuacan, los toltecas y Tula”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 1941, v. V, n. 2-3, p. 115.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 131.

pobre, de la auténtica Tollan Teotihuacan. Debido a la brevedad de sus trabajos, en ellos no se discuten los vínculos entre los toltecas y los mexicas.

*Laurette Séjourné (1911-2003)*

Laurette Séjourné,<sup>35</sup> investigadora, es una figura peculiar en la historia de la arqueología mexicana. Con una formación previa en Europa en artes cinematográficas, llega a México a estudiar arqueología en la ENAH. Se destacó por sus excavaciones en Teotihuacan y la publicación oportuna de sus resultados en libros muy bien ilustrados. Tuvo influencias de las ideas de Mircea Eliade, del psicoanálisis, el surrealismo y emprendió la búsqueda de una vía de espiritualidad en el mundo indígena. Se ocupó de la cuestión tolteca en varias obras, entre ellas el artículo “Tula, la supuesta capital de los toltecas”, en 1954, así como los libros, *Pensamiento y religión en el México antiguo*, de 1957, *El universo de Quetzalcóatl* de 1962, *Teotihuacan, capital de los toltecas*, de 1969, en los cuales expone las mismas ideas.

Séjourné trata de compaginar algunas de las propuestas de Jiménez Moreno con las objeciones de Palacios. Por esta razón, recurre a la aceptación de las fechas de la historia de Tula Xicocotitlan planteadas por Jiménez Moreno en la mencionada Mesa Redonda de Antropología y admite como totalmente veraces, claras y objetivas las descripciones de las fuentes, principalmente la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún, acerca de la grandiosidad de los toltecas, así como de las virtudes y enormes alcances espirituales de la doctrina que atribuye a Quetzalcóatl. De tal forma que no somete a mayor crítica ni análisis histórico

<sup>35</sup> Véase Benjamin Keen, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 610 p., láms, p. 491-492; y el coloquio en línea Asedios a Laurette Séjourné, Coordinación Nacional de Antropología, “22 de septiembre de 2022. Coloquio Asedios de Laurette Séjourné” (vídeo), 22 de septiembre de 2022, <https://www.youtube.com/watch?v=DzaZ0fCGeDg> (consulta: 18 de noviembre de 2022).



o historiográfico a las tradiciones indígenas consignadas en las fuentes novohispanas.

En este sentido, considera que la Tollan que describen las fuentes fue una ciudad real, gobernada por un personaje igualmente real, Quetzalcóatl. Este último fue el creador de un gran legado espiritual y humanista, mientras que Tollan fue el centro irradiador de todos los elementos de alta cultura del México antiguo; por así decirlo, la ciudad de los toltecas fue el centro civilizador de toda Mesoamérica tanto en lo material como en lo espiritual. Por supuesto que al contrastar esta imagen idílica del pasado tolteca con los vestigios arqueológicos de Tula Xicocotitlan y las fechas propuestas por Jiménez Moreno no hay posibilidad alguna de correlacionar de manera coherente todas las informaciones, así afirma que “uno se queda perplejo ante la imposibilidad de encontrar correspondencias a las diferentes etapas culturales de los toltecas con la existencia de una ciudad que, como la *Tula* de Hidalgo, se sitúa con exactitud —y esto gracias al aporte inestimable de Jiménez Moreno— entre los años 968 y 1168”.<sup>36</sup>

Por supuesto que un centro en que se crea, desarrolla y transmite toda la cultura urbana y material al conjunto de Mesoamérica no puede corresponder a las fechas relativamente tardías que dan las fuentes (s. X-XII), por lo tanto la conclusión obligada es que la verdadera Tollan, la urbe irradiadora de la cultura y sede del penitente Quetzalcóatl es en realidad Teotihuacan, mientras que la Tula hidalguense es un centro posterior que usó el antiguo nombre y donde vivió otro personaje que tomó el prestigiado pelativo del sacerdote del dios Serpiente Emplumada, por lo cual afirma que: “Es verdad que existe en la historia del siglo X un sacerdote de *Quetzalcóatl* que parece haber desempeñado un papel importante en el nacimiento de *Tula*, pero resulta difícil en verdad confundirlo con el creador de una vasta cultura, como ocurriría si consideráramos a esta ciudad como la capital de los toltecas”.<sup>37</sup>

<sup>36</sup> Laurette Séjourné, “Tula, la supuesta capital de los toltecas”, *Cuadernos Americanos*, México, v. LXXXIII, n. 1, enero-febrero 1953, p. 156.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 157.

Para Séjourné, Quetzalcóatl había sido ante todo un reformador religioso de tiempos teotihuacanos (100-650), creador de una forma depurada de espiritualidad que permeó todo el México antiguo, quien es “el origen de toda vida espiritual, y tal es la causa de que es considerado como el demiurgo por excelencia”.<sup>38</sup> Pero el legado de este idílico personaje, fundado en la práctica de la penitencia y en una vida contemplativa, no fue seguido en el Posclásico tardío (1200-1521) por los mexicas, quienes a pesar de tenerlo como una de las figuras fundamentales de su herencia cultural, manipularon las cosas para que fuera una herramienta más de su dominio militar y de sus sacrificios humanos, “apoderándose de una herencia espiritual que transformó, traicionándola, en arma de dominación”.<sup>39</sup> Así, la religión del estado mexica en los tiempos inmediatos a la conquista era una forma distorsionada y manipulada de la herencia espiritual de Quetzalcóatl.

El problema fundamental de la tesis de Séjourné es su falta de sentido crítico frente a las fuentes mismas al aceptarlas tal como aparecen, sin hacer un análisis textual de ellas e interpretándolas de manera literal; así como su voluntad apriorística para construir un personaje totalmente imbuido de un supuesto mensaje místico, aún en contra de los materiales mismos, tanto documentales como arqueológicos, su acendrado individualismo metodológico que la lleva a centrar en la figura idealizada de Quetzalcóatl todos los aspectos relevantes de la sociedad teotihuacana, que para ella es la cultura tolteca original y modelo espiritual para toda Mesoamérica. Al respecto puede citarse el juicio adverso de López Austin, “la imagen del sabio-redentor-iluminado-santo que por la magnitud espiritual dirige pueblos, crea civilizaciones y salva a los hombres del pecado, debe ser conducida a un merecido abandono por ominosa, por humillante, por justificadora de oprobiosos yugos, por falsa”.<sup>40</sup>

<sup>38</sup> Séjourné, *Pensamiento y religión...*, p. 34.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 35-36.

<sup>40</sup> Alfredo López Austin, *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, 2a. edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, 210 p. (Serie de Cultura Náhuatl Monografías, 15), p. 38.

De esta manera, pese a los acuerdos alcanzados en la Primera Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología y a los aparentemente irrefutables éxitos de la arqueología, el problema de Tula estuvo lejos de resolverse, muestra de ello son los cuestionamientos que se hicieron a las ideas dominantes de Jiménez Moreno y a las dificultades que enfrentaron quienes intentaron reconstruir la historia tolteca.

*Paul Kirchhoff (1900-1972)*

Parte de la renovación de los planteamientos sobre Tula y de todo el México antiguo se debe a los estudios de Paul Kirchhoff;<sup>41</sup> quien formado como etnólogo de escuela europea y desde un enfoque antropológico materialista aportó, entre otras cosas, el concepto de Mesoamérica, así como diversas cuestiones teóricas y relevantes estudios particulares. Sobre Tula, Kirchhoff publicó dos artículos importantes, “Quetzalcóatl, Huémac y el fin de Tula”, en 1955, y “El imperio tolteca y su caída”, en 1961.

En el artículo “Quetzalcóatl, Huémac...”, Kirchhoff parte de la premisa del fondo histórico de las tradiciones indígenas, por esta razón piensa que es posible llegar a escribir la historia del primer grupo mencionado en los documentos escritos, los toltecas, y advierte que si “todavía no la hemos escrito porque es tanto lo que nos falta saber de ella y que resulta indispensable para escribirla”.<sup>42</sup> Entre otras interrogantes es necesario conocer cuál fue la extensión territorial de sus dominios, los pueblos y ciudades que comprendía, cuál era su forma de gobierno, pues “no sabemos qué clase de ‘imperio’ era”.<sup>43</sup> Kirchhoff se muestra convencido de que en las fuentes existe suficiente material para responder a estas y otras

<sup>41</sup> Véase Adriana Zapett Tapia, “Paul Kirchhoff”, en *La Antropología en México. Panorama Histórico*, Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas 9, 10, 11), v. II, p. 352-360.

<sup>42</sup> Paul Kirchhoff, “Quetzalcóatl, Huémac y el fin de Tula”, *Cuadernos Americanos*, México, noviembre-diciembre 1955, v. LXXIX, n. 6, p. 163.

<sup>43</sup> *Idem*.

interrogantes sobre los toltecas, pero si aún no se ha escrito su historia “no es por escasez de documentos sino de investigadores”.<sup>44</sup>

Uno de los principales obstáculos para comprender la historia tolteca son las numerosas contradicciones en las fuentes —de las que ya Clavigero y Chavero se quejaban— sobre lugares e individuos con varios nombres y la presencia de distintas fechas para el mismo suceso. Para explicar esto Kirchhoff utiliza una propuesta de Jiménez Moreno sobre la existencia simultánea en Mesoamérica de distintos calendarios que, justamente, permitían asignar fechas diversas a los mismos hechos.<sup>45</sup> Según Kirchhoff, los cronistas coloniales compaginaron las diferentes tradiciones calendáricas y las ordenaron en una sola secuencia temporal dentro de sus obras históricas, causando con ello una gran confusión en los datos y el desconcierto de los investigadores posteriores, pues: “un acontecimiento que en una crónica es anterior a otro, en una segunda es simultáneo con él, y en la tercera le sigue”.<sup>46</sup>

Sobre esta base de crítica documental Kirchhoff procede a estudiar un problema muy concreto de la historia tolteca, el de la ubicación temporal de dos gobernantes emblemáticos de la ciudad, Quetzalcóatl y Huémac. Las crónicas señalan dos posibilidades, la primera es que Quetzalcóatl esté al principio de Tula y Huémac al final, como sostiene Jiménez Moreno, y la segunda, que los dos sean contemporáneos y se ubiquen al final de la historia tolteca. “Las dos interpretaciones [...] no dejan lugar para una tercera opción intermedia que representara un compromiso entre los extremos”.<sup>47</sup> Kirchhoff tratará de demostrar la verdad de la segunda opción.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 164.

<sup>45</sup> Véase Paul Kirchhoff, “Calendarios tenochca, tlatelolca y otros”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, v. 14, n. 2, 1954-1955, p. 257-267; Wigberto Jiménez Moreno, “Diferente principio del año entre diversos pueblos y sus consecuencias para la cronología prehispánica”, *El México Antiguo. Revista internacional de arqueología, etnología, folklore, prehistoria, historia antigua y lingüística mexicanistas. Homenaje a Hermann Beyer*, 1958, v. 9, p. 137-152. Hay una discusión de las teorías de Kirchhoff y Jiménez Moreno en la obra de Hanns J. Prem, *Manual de la antigua cronología mexicana*, México, Miguel Ángel Porrúa/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2008. Agradezco a Gabriel Kruell por estas referencias.

<sup>46</sup> Kirchhoff, “Quetzalcóatl...”, p. 172.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 164.



Partiendo de la idea de la confusión cronológica de las fuentes, Kirchhoff llega a la conclusión que las obras que presentan a Quetzalcóatl al principio de la historia tolteca están equivocadas y que tanto este personaje como Huémac efectivamente fueron contemporáneos. Aunque, de aceptar esta propuesta, el conocimiento del devenir de los toltecas se reduciría sólo al fin de su ciudad. La solución adoptada por Kirchhoff deja sin contestar realmente por qué en los *Anales de Cuauhtitlan* aparece Quetzalcóatl como el fundador de Tula, y nos deja con la inquietud de saber la razón por la cual un personaje que gobierna tan poco tiempo es tan relevante y mencionado en las fuentes, y por qué motivos se le atribuyó la invención de todas las artes.

En el segundo artículo Kirchhoff emprende una propuesta de reconstrucción de las dimensiones y estructura del “imperio” tolteca. Para hacerlo apunta una consideración metodológica en el análisis de los documentos indígenas, afirma que en el México antiguo existía una correlación entre los esquemas de pensamiento cosmológico y la organización social, pues: “El hombre mexicano [...] modeló incluso toda su vida social a imagen de la concepción de su mundo religioso, con iguales principios fundamentales tanto para el mundo real como para el únicamente pensado”.<sup>48</sup> Según esta idea cuando en una fuente se hacen referencias simbólicas sobre algún pueblo o grupo aparte de las consideraciones de orden religioso, también se aportan datos útiles para conocer aspectos de su organización social.

Kirchhoff aplica este principio en el caso de Tula, pues recuerda la interpretación de Seler según la cual la ciudad de los toltecas era el centro del universo y los grupos recorrían ciertos lugares vinculados a los cuatro puntos cardinales antes de llegar a ella; Kirchhoff está de acuerdo con esta propuesta, pero además sostiene que no sólo es un simbolismo cosmológico, como sustentaban Seler y Krickeberg, sino que revela la organización espacial de los dominios

<sup>48</sup> Paul Kirchhoff, “El imperio tolteca y su caída”, en *Mesoamérica y el centro de México. Una antología*, recopilación de Jesús Monjarás-Ruiz et al., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985, p. 261.

toltecas en cinco cuadrantes siguiendo en la tierra un plano ideal del mundo: “Tullan estaba situada no sólo en el punto central de un imperio tolteca mítico, como supone Seler, ¡sino también en el centro del imperio existente!”.<sup>49</sup> Esto lo lleva a proponer una estructura hipotética de los dominios terrenales de los toltecas. Sería una idea similar a la expresada por Chavero, el mito y el símbolo no sólo remiten al mundo de lo ideal, sino también a una práctica social, sólo que lo aplica a la organización espacial y no solo a los acontecimientos. De esta forma, Kirchhoff propone una importante herramienta analítica para el estudio e interpretación de la historiografía de tradición indígena y para la reconstrucción histórica del pasado mesoamericano.

*César Augusto Sáenz Vargas (1916-1998)*

Al comienzo de los años sesenta el arqueólogo nicaragüense egresado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, César A. Sáenz,<sup>50</sup> publicó en 1962 su tesis de maestría para tratar de dilucidar la escurridiza figura de Quetzalcóatl, “ya que abarcando tantos y tan diferentes aspectos es casi un tema inagotable”.<sup>51</sup> Sáenz, al igual que el resto de los estudiosos, señala los serios problemas de interpretación que presentan en las fuentes para el estudio de Quetzalcóatl, pues “los informes habidos no todos concuerdan, confundiendo los mitos, muchas veces, con los datos históricos y las fechas, y dando como resultado una complejidad de ideas al respecto”.<sup>52</sup> Aunque no propone una forma concreta de abordar las contradicciones de las fuentes escritas. El autor señala el tópico

<sup>49</sup> *Ibidem*, p. 261.

<sup>50</sup> Véase Ángel García Cook, “Cesar Augusto Sáenz Vargas”, en *La Antropología en México. Panorama Histórico*, coordinación de Lina Odena Güemes y otros, 15 v., México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, ils. (Los protagonistas, 9, 10, 11), v. III, p. 405-412.

<sup>51</sup> César A. Sáenz Vargas, *Quetzalcóatl*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1962, ils., p. 8.

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 9.

recurrente del problema de la confusión entre el mito y la historia en las fuentes, productos de la unión de diferentes personajes históricos con un héroe cultural y un dios, todos llamados Quetzalcóatl. Así, habla de sacerdotes que llevaban el nombre y portaban la indumentaria de la deidad, pero además afirma que existió “un héroe cultural, gobernante y sumo sacerdote de Tula. La imaginación indígena tejió alrededor de este último personaje toda clase de leyendas, con el resultado de que es casi imposible delinear dónde termina la relación de hechos reales y dónde comienza la mitificación”.<sup>53</sup> Lo que es una versión moderna de la añeja idea del evemerismo.

Por otra parte, señala la presencia temprana de representaciones de la serpiente emplumada en el área maya, pero estas son muy diferentes del culto Posclásico de Quetzalcóatl y sus advocaciones como Ehécatl numen del viento. Por lo que considera que es en Tula Hidalgo y en la Cholula del Posclásico “el punto de origen de este dios”.<sup>54</sup> Respecto de la relación con los mexicas estos se presentan implícitamente como herederos del culto a Quetzalcóatl fraguado en la época tolteca, y su mayor importancia radica en que a la llegada de los castellanos a tierras indias fueron confundidos con la deidad que regresaba a gobernar las ciudades nahuas, lo que facilitó la conquista europea.

*Henry B. Nicholson (1925-2007)*

En 1957 el investigador estadounidense Henry B. Nicholson<sup>55</sup> presentó su tesis doctoral sobre la figura de Quetzalcóatl, misma que fue publicada hasta 2001 con el título de *Topiltzin Quetzalcóatl: The Once and Future Lord of the Toltecs*. Aunque la tesis estuvo inédita mucho tiempo, algunas copias del trabajo fueron accesibles a algunos

<sup>53</sup> *Idem.*

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>55</sup> Véase Eduardo Matos Moctezuma, “Henry B. Nicholson. Obituario”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, 2007, v. XXXVIII, p. 477-507.

especialistas.<sup>56</sup> Además de este estudio Nicholson dedicó otros trabajos a la cuestión, entre ellos se puede mencionar “Ehecatl Quetzalcoatl vs. Topiltzin Quetzalcoatl of Tollan: A Problem in Mesoamerican Religion and History”, de 1979.

El libro de Nicholson es una primera tentativa de estudiar de manera global el problema de la enorme diversidad de las fuentes documentales e historiográficas, así como sus grandes contradicciones, se trata de una revisión exhaustiva de todos, o casi todos, los textos de tradición indígena y española que hablan de la figura del huidizo personaje en el contexto de Mesoamérica. El tema central del trabajo es claro, estudiar lo que se dice en las fuentes respecto de la figura de Topiltzin Quetzalcóatl en Tula y, sólo marginalmente, tratar del dios Ehecatl Quetzalcóatl, como lo dice el autor: “es la figura de la leyenda histórica, el hombre, no el dios, quien es el sujeto de este estudio”.<sup>57</sup> Aunque reconoce que las dos figuras, la deidad y la persona, en ciertos contextos, no sólo están muy cerca, sino que se confunden, “se debe enfatizar que no se puede trazar legítimamente una distinción realmente nítida y clara entre ellos. He empleado estas etiquetas simplemente para distinguirlos para los propósitos de la discusión”.<sup>58</sup>

Considera que lo más probable es que Topiltzin Quetzalcóatl de Tula Hidalgo sea, en su origen, un personaje histórico, quizás hijo de un conquistador llegado del norte llamado Mixcóatl. Este personaje histórico fue confundido con diversos aspectos de varias entidades divinas, sobre todo como dios creador o del viento, lo que se manifestó bajo la figura de Ehecatl Quetzalcóatl; al igual que Jiménez Moreno ubica a Topiltzin al comienzo de la historia tolteca. Así, el recuerdo de su vida, época y hechos ha sido modificado en la tradición indígena conforme diversos modelos y esquemas míticos y legendarios, así como a distintos acontecimientos y personajes

<sup>56</sup> López Austin, *Hombre-Dios...*, p. 10, nota 14; *Topiltzin Quetzalcoatl of Tollan: The Once and Future Lord of the Toltecs*, Boulder, University Press of Colorado, 2001, p. XXI.

<sup>57</sup> Nicholson, *Topiltzin Quetzalcóatl...*, p. XXVI.

<sup>58</sup> Nicholson, “Ehecatl Quetzalcoatl vs. Topiltzin Quetzalcoatl of Tollan: A Problem in Mesoamerican Religion and History”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, enero-junio de 2020, v. 59, p. 215.



históricos.<sup>59</sup> Aunque en su artículo “Ehecatl Quetzalcoatl vs. Topiltzin Quetzalcoatl of Tollan...” matiza sus afirmaciones de 1957, “Hoy [...] no estoy tan seguro de ir tan lejos en reconocer este grado de historicidad en el Topiltzin básico en las narrativas de Tollan. Tal vez subestimé el proceso de ‘mitificación’ [...] que probablemente reestructuró profundamente el relato de Topiltzin”.<sup>60</sup> En todo caso, el autor sostuvo que, por una parte, sería ingenuo pensar en la “historicidad literal” de los relatos sobre el personaje, mientras que, por el otro lado, “reducir” a Topiltzin de Tula a un mito astral sería “una posición radical inadmisible”.<sup>61</sup>

Nicholson piensa que Quetzalcóatl como personaje histórico debe ser considerado un reformador religioso, y que debido precisamente a ello encontró gran resistencia en ciertos sectores sociales, por lo que se vio obligado a emigrar. Nicholson sostiene que lo más seguro es que, en un primer momento Motecuhzoma y los mexicas identificaron a Hernando Cortés con la deidad, lo cual, a la postre, provocó la caída de Tenochtitlan y facilitó la conquista española.<sup>62</sup> De esta manera, puede verse cómo las líneas generales de las conclusiones de Nicholson concuerdan en varios puntos esenciales con lo propuesto por otros estudiosos como Jiménez Moreno.

### *Román Piña Chan (1920-2001)*

El problema de la correlación entre las fuentes escritas y los vestigios arqueológicos en la cuestión tolteca trató de ser resuelto por uno de los más destacados arqueólogos mexicanos del siglo XX, Román Piña Chan,<sup>63</sup> en dos obras, *Historia, arqueología y arte prehis-*

<sup>59</sup> Nicholson, *Topiltzin Quetzalcóatl...*, p. 291.

<sup>60</sup> Nicholson, “Ehecatl Quetzalcoatl vs. Topiltzin Quetzalcoatl...”, p. 217.

<sup>61</sup> *Idem*.

<sup>62</sup> Nicholson, *Topiltzin Quetzalcóatl...*, p. 291.

<sup>63</sup> Véase Roberto Gallegos Ruiz, “Román Piña Chan, un intento de esbozo biográfico”, en *Homenaje a Román Piña Chan*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1987, y Lorenzo Ochoa, “Reseña de Román Piña Chan. Historia, arqueología y arte prehispánico”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, 1974, v. 11, p. 387-392.



*pánico*, de 1972, y *Quetzalcóatl. Serpiente emplumada*, publicada en 1977. En ambos trabajos expone y desarrolla ideas muy semejantes.

Al empezar el estudio de *Quetzalcóatl*, Piña Chan se suma a los autores que han señalado la confusión de mito e historia en las fuentes historiográficas y documentales de Mesoamérica, “en las que se mezcla lo verdadero con lo falso, lo real con lo imaginario, lo racional con lo pasional, lo general con lo ocasional, lo histórico con lo mitológico”.<sup>64</sup> De ahí su gran complejidad y la necesidad de encontrar un método crítico que resulte adecuado para poder separar sus componentes y “encontrar lo que es comprensible o real y lo que es aprehensible o emocional, lo verdadero de lo imaginario”,<sup>65</sup> y así encontrar la información necesaria para reconocer los hechos reales. Sin embargo, en ningún lugar de las obras consultadas apunta sobre cuáles deben ser los criterios que han de seguirse con las fuentes, de hecho, suele aceptarlas tal y como se presentan, sin hacer la crítica sistemática que haga posible establecer el deslinde entre “lo real” y “lo imaginario”.

Por otra parte, expande el campo temporal de observación y estudia la figura de *Quetzalcóatl* y los elementos que, a su juicio, desde el periodo Preclásico y hasta las vísperas de la conquista española, vinieron a constituirle. El estudio de los antecedentes de *Quetzalcóatl* lo lleva a plantear que la deidad fue tomando forma a través del tiempo con el aporte de varias culturas, por esto considera que es imposible que el dios se forjara a partir de alguna figura histórica, sino que el proceso debió darse en forma inversa, al comienzo fue el dios quien dio su nombre a algunos gobernantes que después se confundieron con la divinidad; por eso propone que “en su evolución hay que distinguir primero al dios, luego al mito y por último al hombre”.<sup>66</sup> En lo cual no deja de advertirse cierta semejanza con lo expuesto por Chavero muchos años atrás y con los trabajos de Sáenz más recientes.

<sup>64</sup> Román Piña Chan, *Quetzalcóatl. Serpiente emplumada*, México, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, 1985, p. 59.

<sup>65</sup> *Idem.*

<sup>66</sup> Román Piña Chan, *Historia, arqueología y arte prehispánico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 66.



Piña Chan sostiene que el culto a Quetzalcóatl fue creado en Xochicalco al término del periodo Clásico y que de ahí se difundió por toda Mesoamérica a través de sacerdotes que portaban sus atributos y su nombre; uno de ellos, ciertamente el más notable, llevó su culto a Tula Xicocotitlan, donde difundió la creencia en el dios y gobernó durante un tiempo. Eso explica la confusión en las fuentes entre el dios y el hombre.<sup>67</sup> Además de la identidad entre el dios Quetzalcóatl y los sacerdotes consagrados a él, los pueblos que recibieron el culto hicieron sus propias modificaciones al mito original, y en la tradición oral se crearon narraciones sobre héroes culturales cuyos atributos se confundieron con los de la divinidad; pues “el mito de Quetzalcóatl es un precedente y ejemplo para lo real, funciona como modelo y justificación de todas las acciones humanas, se vuelve historia ejemplar del grupo humano que lo conserva; es decir, se vuelve prueba del suceso registrado en el mito”.<sup>68</sup>

Por su parte Tula y los toltecas también fueron una ciudad y un pueblo real que se confundieron en la tradición con el mito. Piña Chan recuerda que Tula o Tollan tiene el significado de ciudad o metrópoli. Por otro lado, el término tolteca es ante todo sinónimo de artesano o artista de gran maestría, y estos estuvieron vinculados precisamente a los centros urbanos o Tula donde se producían los objetos artísticos. Los toltecas que refieren las fuentes eran artesanos de Xochicalco que pasaron por Teotihuacan y finalmente llegaron a Tula Xicocotitlan.

Vistas en detalle las propuestas de Piña Chan, si bien tienen una gran cohesión interna, adolecen de algunos problemas, primero el de presentarse como evidentes en sí mismas sin aportar suficientes argumentos ni datos en su favor y de no explicar por qué la información de un texto náhuatl recogido a mediados del siglo XVI en el centro de México por Bernardino de Sahagún y sus colaboradores tendría un alcance temporal de muchos siglos, incluso desde el Preclásico medio (1200-400 a. C.) hasta el Posclásico tardío (1200-1521), y que refería sin alteraciones importantes y con notable precisión

<sup>67</sup> Piña Chan, *Quetzalcóatl...*, p. 7.

<sup>68</sup> *Ibidem*, p. 58.

acontecimientos ocurridos en varias regiones de Mesoamérica, lo que permite interpretarlo de manera prácticamente literal, sin hacer ninguna crítica documental y textual.<sup>69</sup>

### *Para cerrar*

En este periodo, al mismo tiempo que en México se consolidaban y desarrollaban los centros de enseñanza e investigación histórica y antropológica, los estudiosos que trataron de resolver la cuestión tolteca plantearon la discusión en torno a las fuentes en la dicotomía entre mito e historia, entendidos como términos contrapuestos y excluyentes, pero, paradójicamente, señalan que ambos están imbricados en las narraciones indígenas. Si bien todos señalaron la importancia de distinguir en las fuentes ambos asuntos, en la práctica ninguno propuso elementos claros ni un método riguroso para hacerlo.

Los toltecas, Tula y Quetzalcóatl son concebidos como un pueblo, una ciudad y un personaje con existencia histórica, todos reales y aprensibles, pero lo que se dice de ellos está revuelto con el mito. Sin embargo, en ningún autor ni obra es del todo claro qué se entiende por lo histórico y por lo mítico, ni cómo pueden separarse más allá de las denominaciones genéricas de lo mítico equiparado a lo irreal y de lo histórico identificado con lo real. Se toman los conceptos de historia y mito como si fuesen evidentes, diáfanos y excluyentes por sí mismos, pero al no ser claro su sentido y uso por parte de los autores esto impide que puedan usarse como recursos analíticos efectivos, lo que se presta a una cierta ambigüedad e imprecisión terminológica, conceptual y metodológica. En ese sentido, la

<sup>69</sup> Véase la crítica pormenorizada de Alfredo López Austin, *Tlalocan y Tamoanchan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 69-71. El texto en Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 2 v., Madrid, 1990 (Historia 16), libro X, cap. XXIX, párrafo XIV, “De los mexicanos”, v. II, p. 770-777 y “El texto sahumaguntino sobre los mexicas”, en *Anales de antropología*, introducción, paleografía, traducción, notas y comentarios de Alfredo López Austin, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1985, v. XXII, p. 287-335. En *Historia, arqueología...*, Piña Chan utiliza un texto sahumaguntino que parece ser una traducción de la columna náhuatl del *Códice florentino*, pero no indica nada sobre el traductor ni hace ningún comentario sobre los criterios y problemas de traducción.



obra de Kirchhoff destaca por su mayor claridad analítica para el estudio de las narraciones sobre el pasado mesoamericano.

En lo que toca al vínculo entre los toltecas y los mexicas se reiteran los lazos de filiación cultural entre ambas culturas, al tiempo que señala la importancia de la figura de Quetzalcóatl en la conquista española; esto es, se retoman diversos tópicos ya presentes en la cuestión tolteca desde los tiempos novohispanos y que son herederos de la tradición historiográfica novohispana. La aportación de los trabajos arqueológicos fue fundamental para enriquecer el tema y ampliar el marco de la discusión.